

decirnos que estas cosas las ha pensado despues. « Yo no era en aquel instante, dice, bastante dueño de mis pensamientos para darme cuenta de estas vagas reflexiones ». ¿Á qué, pues, contarnos á nosotros todo eso con tantos colores y tanta metafísica? Mostradnos la abadía en dos rasgos de pluma, y pasad de largo como lo hicisteis entónces. ¿Pues, si no, de quien estabais enamorado? ¿de vuestra querida ó de la naturaleza? ¿Cuál de ellas está para vos en primer término? Es necesario elegir y en Rafael el escritor no elige; pretende confundir á una con otra hasta identificarlas: tal es su sueño. Hubo un tiempo en que escogia. En aquella admirable elegía del *Lago* que en mi sentir vale más que todo *Rafaél*, no tomaba el poeta los objetos, no los consideraba, sino por lo que eran algo indistintamente á sus propios ojos, por testigos confusos, por confidentes y depositarios de su dicha:

¡ Lago azul, mudas peñas, hondas grutas
Y selva oscura, si os respeta el tiempo,
Conservad para siempre de esta noche
Al ménos el recuerdo! (1)

Léase otra vez ó dígase entera de memoria, y pregúntese á cualquiera si aquella poesía vaga y profunda no corresponde mejor á la sinceridad del sentimiento que venir á decirnos: « Visitamos juntos sucesivamente todas las *ensenadas*, todas las *ondas*, todas las *arenas* del lago, todas las *cimas*, todas las *grutas*, todas las *cascadas* y todos los *desfiladeros* de Saboya. » Dirigiéndose al lago querido que un año más tarde volvía á ver él solo, exclamaba conmovido aún:

Así mujias entre las duras peñas
Rompiéndote en sus bordes agrietados,
Así el viento llevaba tus espumas
Hasta sus piés amados (2).

Había más sentimiento ó estaba mejor interpretado en la sencilla

(1) O lac, rochers muets, grottes, forêt obscure,
Vous que le temps épargne ou qu'il peut rajeunir,
Gardez de cette nuit, gardez, belle Nature,
Au moins le souvenir!

(2) Tu mugissais ainsi sous ces roches profondes,
Ainsi tu te brisais sur leurs flancs déchirés;
Ainsi le vent jetait l'écume de tes ondes
Sur ses piés adorés!

espuma lanzada al azar ó llevada por el viento, que cuando leemos hoy: « Una terraza cubierta de moreras separa el castillo de la playa en cuya fina arena vienen á *morir, lamer y murmurar las pequeñas lenguas azules de las olas*. » Repárese que, aún en los mejores pasajes, lo que se nos da como la última y acabada perfección no es más verdadero ni real. La poesía está en la esencia de las cosas y no debe difundirse la gota de esencia en una masa de agua ó en ondas de color. No consiste la poesía en decirlo todo, sino en hacer soñar en todo.

El personaje de Elvira transformado en el de Julia ¿ha ganado alguna cosa? Parece más vivo en parte; hay momentos en que se cree ver y oír á aquella delicada criatura. Pero en otros momentos se ha convertido en un personaje sistemático. Se puede asegurar que la verdadera Elvira no era enteramente como se nos pinta á Julia. Y puesto que se ha llegado hasta cambiar su nombre, confesaré que no me place este nombre de Julia. Recuerda el nombre de la heroína de Juan Jacobo, pero recuerda asimismo un verso de Voltaire:

Chez Camargo, chez Gaussin, chez Julie.

Ó este otro de Andres Chénier:

Et nous aurons Julie au rire étincelant...

Hay matices morales unidos á los nombres. El de Julia parece más bien un nombre radiante de placer; es un nombre de mujer romana ó á lo ménos de mujer que goza de buena y cabal salud. La Julia de *Rafael* es un sér delicado, enfermizo, nervioso, una naturaleza excepcional. Rafael no ha oído más que su voz: « Resonaba, dice, entre sus dientes semicerrados, como las pequeñas liras de metal que los muchachos de las islas del Archipiélago tocan por las noches en la ribera del mar. Era un retintín más que una voz. Yo lo observé sin pensar que *retintinaria* tan hondo y para siempre en mi vida. »

En la primera conversacion seguida que tiene con Rafael, Julia le explica muy francamente su situacion y le cuenta su historia. Es criolla de Santo Domingo; huérfana, educada con las hijas de la Legion de honor, casada á los diez y siete años con un sabio ilustre, con un viejo que no es para ella más que un padre (insiste bastante en

este punto), sufre de un mal extraño que la consume, que la priva, aún al precio de una debilidad, de dar la felicidad como de recibirla. La jóven ha adquirido en la sociedad de su marido y en su educacion las puras doctrinas del siglo XVIII; es incrédula, materialista y atea, lo que no la impide tratar á M. de Bonnald. Con un marido que no es para ella más que un padre y que en su indulgente filosofía puede permitirle mucho, con doctrinas y opiniones positivas como las que se ha formado, no se puede ménos de convenir en que Julia no estaba protegida en sus largas conversaciones á solas con su amigo (y ella misma conviene en este punto), más que por su enfermedad y por su excepcional naturaleza. Desde que el pensamiento se ve obligado á detenerse en estas particulares y desagradables circunstancias, tenemos derecho á sorprendernos oyendo de repente á aquella mujer materialista declamar contra la *abyecta naturaleza de las sensaciones* ó invocar una *pureza sobrenatural*: «..... Encontraríais, dice á su amante, lo que llamáis un goce; pero ese goce seria una falta para vos. En cuanto á mí... me haria descender de la altura en que me habéis colocado... » La incrédula Julia hace muy mal buscando razones donde para ella no las hay; en tales momentos habla como un platónico hubiera podido hacerlo.

Vamos al fondo de nuestra crítica y deduzcamos nuestro pensamiento: el autor de *Rafael*, en esta parte delicada de su relacion, ha querido decirnoslo todo, pero no se ha atrevido. Ha intentado hacer una confesion completa y se ha parado á la mitad del camino, pensando tal vez que resultaria una doble confesion, la suya y la ajena. Ha intentado combinar lo que creía deber á la memoria de Elvira y lo que exigia el interes de la novela. Para esto ha inventado obstáculos, imposibilidades que hagan verosímil lo que no lo es, imposibilidades que han resultado tremendas inverosimilitudes. Dicho esto, ¿podemos admirarnos de que se le sorprenda en várias contradicciones? Se ha hablado mal de Rousseau y de sus *Confesiones* sin perjuicio de saborearlas. Yo creo que cuando uno se decide á hacer Confesiones no debe andar con escrúpulos: debe hacerlas exactas, fieles, omitiendo todo lo ménos posible, sin sofismas y sin invenciones. Ahora bien, en *Rafael* se siente, se adivina la alteracion, se conoce el sofisma, es la *fábula* que se insinúa. Creo sentir la invasion de lo que

llamo fábula y sistema, en las conversaciones de los dos amantes á las orillas del lago, en sus largas disertaciones sobre Dios y sobre el infinito. El anacronismo moral es aquí evidente. Por los años 1817 y 1818, ninguna mujer hablaba así aunque se hallara á la altura filosófica de madama Condorcet; lo que el autor de Rafael ha puesto en boca de la pobre Elvira no es otra cosa que el panteísmo (la palabra no se habia inventado por entónces), el panteísmo decimos, de algunas damas libre-pensadoras de 1848. Jamas Elvira pudo decir á su amante mostrándole el sol poniente: « ¿ Ves el disco medio oculto detras de esos árboles que semejan las pestañas de los párpados del cielo? » Y por enamorado, por ebrio de pasion que se sintiera su amante, no se expresaba entónces todavía como lo hace hoy: « Tendí mis brazos al aire, al lago, á la luz, como si hubiera querido abrazar á la naturaleza dándole gracias por haberse *encarnado* y animado para mí en un sér que resumia á mis ojos todos sus misterios, toda su bondad, toda su embriaguez, toda su vida... Yo no era ya un hombre, era un *himno viviente, cantante, invocador, adorador, desbordante*, etc., etc., etc. » Abrevio la letanía. Todavía más: « Había en nuestras almas bastante vida y amor bastante para animar á toda la naturaleza, *aguas, tierra, cielo, rocas, árboles, cedros*, y para arrancarle *gritos, suspiros, voces, abrazos, perfumes, llamas*, etc., etc. » Y más léjos, hablando de Julia, despues de haber al parecer agotado todos los términos de la pasion: « Yo le buscaba nombres y no los encontraba. Á falta de nombres llamábala *misterio*; tributábale un culto que participaba de la tierra por la ternura, del éxtasis por el entusiasmo, de la realidad por la presencia y del cielo por la adoracion. » En vano se intenta con estas palabras delirantes simular entusiasmo no sentido; sólo se consigue sorprender á algunas almas fáciles que creen aún en palabras.

No insistiré sobre las escenas capitales, ni aún sobre la del suicidio, magníficamente presentada, como siempre; pero que, tal como nos es referida, no produce efecto, y acaba, por otra parte, de una manera ridícula. Me fijo solamente en un personaje, en Julia, que es el alma del libro, y le aplico lo que el mismo Lamartine nos ha dicho de madama de Warens: « Desafío á un hombre razonable, afirma, á que recomponga con verosimilitud el carácter que da Rousseau á su amante con los contradictorios elementos que asocia en aquella natu-

raleza de mujer. Uno de los elementos excluye al otro. » Yo diré razonando como Lamartine y oponiendo los elementos con que compone á la amante de Rafael, que si Julia es incrédula no debe hablar de Dios á cada instante, que si es materialista no debe menospreciar la materia y sus sensaciones, que si acepta las doctrinas de la escuela de Cabanis no debe admirar tanto las de M. de Bonnard. Si en un momento dado se convirtió á Dios, debió ser al Dios de los cristianos, al Dios del crucifijo, al único Dios, en fin, que confesaba su amante. En ningun caso hubiera podido expresarse como nadie lo hacía en aquella fecha. No podía ser culpable de la especie de galimatías (va á juzgar el lector) que Rafael le atribuye en el momento solemne de la conversion: « ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! exclama como si hubiera querido hablar una lengua nueva, *Dios eres tú, Dios soy yo para ti, Dios somos nosotros, ¿me entiendes, Rafael? No, ya no sois Rafael, sino mi culto de Dios.* » Mi conclusion es que Elvira, la verdadera Elvira, no se hubiera reconocido fácilmente en las páginas alambicadas de la novela panteísta de M. de Lamartine; yo la concibo muy diferente en mi imaginacion, como apareció por vez primera en las orillas del lago al jóven poeta, muy diferente él mismo.

Á través de lo artificioso y de lo falso que creo haber indicado suficientemente, notaré (guardémonos de olvidarlo) en todos los capítulos de que se compone la novela, acentos de verdad, toques felices, inexplicable mezcla que desconcierta al lector. En la última peregrinacion de despedida que ántes de dejar el teatro de su felicidad hacen los dos amantes á los lugares preferidos, Julia dice á su amante señalando con el dedo la casita del pescador, apénas visible en lontananza, donde se encontraron por primera vez: « ¡Allí está! ¿Llegará un dia en que la memoria de lo que ha pasado entre nosotros en horas inmortales sólo aparezca como esa pequeña mancha en el fondo tenebroso de aquella ladera? » Acento de verdad, frase sentida como hubiera querido yo oirlas constantemente. Pero se le hubiera podido contestar: Hay algo más triste para vos y para la memoria de esas horas inmortales que ser relegada casi al olvido, que ser reducida á un punto casi invisible en los horizontes del pasado: ser expuesta á los ojos de todo el mundo como un pretexto para nuevos sueños, como un diseño de bordados, de pensamientos nuevos, de caprichos.

Tres cosas del volúmen me han gustado particularmente, y no se refieren á la novela: primero la visita á las *Charmettes*, donde Lamartine ha hablado de Rousseau con elocuencia y verdad. Luégo otra visita que hace el jóven poeta con su manuscrito de las *Meditaciones* al impresor Didot: la fisonomía del librero clásico, su negativa, los motivos en que la funda, todo está referido con malicioso ingenio; el poeta se ha vengado con exquisito gracejo. Por último, lo más conmovedor es ciertamente la historia de las ramas de árbol cortadas en el cercado de Milly; allí encuentra el autor, pero demasiado tarde, la cuerda real y vibrante que nunca debió perder de vista. Tambien hay notas felices en los recuerdos del puente de las Artes y del muelle Conti. En cuanto á las escenas finales del árbol de Saint-Cloud, llamado el *Árbol de la Adoracion*, y de los paseos en el parque de Mousseaux, me hacen impresion escasa; pertenecen al nuevo sistema de amor que consiste en identificar á Julia con la naturaleza y con Dios, haciendo con Dios, con la naturaleza y con Julia una nueva trinidad; miscelánea que recuerda la presente religion del autor y que podrá servir de fundamento á la religion del porvenir.

En estas páginas y en otras muchas el autor abusa demasiado de las armonías é imágenes bucólicas, del verdor, de las aguas y de los murmurios. Un crítico eminente, M. Joubert, hablando de estos defectos, ménos acentuados pero ya sensibles en Bernardino de Saint-Pierre, decía: « Hay en el estilo de Bernardino de Saint-Pierre un prisma que cansa los ojos. Cuando se le ha leído largo tiempo, queda uno complacido viendo que los árboles y la verdura tienen en los campos ménos color que en sus escritos. Sus armonías nos hacen amar las disonancias que á cada paso se encuentran y que él queria desterrar del mundo. La naturaleza tiene tambien su música, pero es rara felizmente. Si la realidad ofreciera las melodías que estos señores encuentran en todas partes, viviríamos en languidez extática ó moriríamos de aburrimiento. »

Termino con la precedente observacion de un crítico á quien no se acusará de insensibilidad para la poesía; el lector discreto apreciará si no puede aplicarse con mayor razon á la manera cada dia más inmoderada de M. de Lamartine.